

(Dado que en nuestro pueblo existen personas interesadas en estos temas, nos parece interesante publicar en varias entregas el siguiente escrito avalado por una seria autoridad de la Iglesia).

CRISTO O ACUARIO

Alrededor del año 2000 de la era de Piscis, crística, de luchas y oposiciones, cederá lugar a la era de Acuario, paradisiaca, fundada en otra espiritualidad. El mundo se aprestaría a ingresar en la New Age.

Millones de personas en el mundo depositan su esperanza en esta visión de un mundo radicalmente transformado que pretende absorber al mismo cristiano. A este complejo desafío consagró el cardenal Danneels, arzobispo de Malinas-Bruselas, su carta pastoral de Navidad de 1990, y que publicamos a continuación.

“¿Eres tú El que viene o esperamos a otro?” Lc. 7,19.

Hermanos y hermanas:

Había gran inquietud en la tierra cuando Jesús nació en Belén. En Palestina, el propio ocupante romano tenía problemas con toda suerte de liberadores que surgían, atraían a parte del pueblo y desaparecían casi en seguida. También había inquietud religiosa. Los judíos —y no eran los únicos— esperaban a alguien que estaba por venir: ¿dónde encontrar al Mesías? Algunos se refugiaban en el desierto: “¿Cómo seguir viviendo en esta sociedad corrupta?” Ya no había que esperar mucho: había como una fiebre en el aire. El mismo Juan Bautista hablaba un lenguaje parecido: “Ya el hacha está puesta a la raíz del árbol” (Lc. 3,9): “En su mano tiene el bieldo para bieldar la era y almacenar el trigo en su granero, mientras la paja la quemará con fuego inextinguible”. (Lc. 3,17).

¿Y entre nosotros, en la Navidad de 1990? Me atrevería a decir: un mundo que no llega a escapar al ciclo de la violencia; pero también una gran inquietud religiosa. No queda mucho del “flower power” sonriente de los hippies de los años sesenta; y tampoco de los grandes ideales agresivos de mayo de 1968. De un modo imprevisto, los años Ochenta nos han dado un hombre inquieto, en busca de lo religioso.

En materia de pastoral, la sorpresa es total, la Iglesia se había preparado muy seriamente para confrontar a un hombre perfectamente secularizado, ateo, absorbido totalmente por las preocupacio-

nes materiales. ¿Con qué se encuentra en 1990? Con un hombre inquieto, en busca de lo religioso, a quien los frutos de la ciencia y la técnica ya no encantan del todo. En todas partes se escucha decir: “¿Que me den algo distinto de lo que sale de una computadora! ¿Que me den razones para esperar! ¿Quién me curará del mal de vivir? ¿Dónde encontrar algo que entibie el corazón? ¿Quién será mi guía, mi gurú? ¿Quién quiere enseñarme a restaurar la unidad de mi yo, tan fragmentado?”

Por cierto, el mercado religioso está bien surtido. Allí donde el cristianismo era hasta hace poco el único que ofrecía un sentido para la existencia, los dados de sentido abundan: junto a las grandes religiones orientales, toda una galería de pequeños aspirantes. Lo que progresa a todo ritmo son las sectas, y las nuevas religiones, como la New Age. Ellas serán nuestro tema: inundan todos los continentes, el nuestro incluido.

“Small is beautiful”

Las sectas

Algunos buscan su camino reduciendo la escala: son las sectas. La mayoría de ellas son de origen cristiano, y llevan consigo una buena parte de la herencia de Cristo. No nos referimos a las grandes Iglesias-Hermanas del catolicismo (protestantes, anglicanos y ortodoxos) sino más bien a los testigos de Jehová, mormones, adventistas, pentecostales, y toda una nebulosa de Iglesias libres

(free churches) y predicadores electrónicos, sin olvidar las organizaciones y movimientos de origen oriental que ofrecen cada cual la mejor receta para la felicidad y sabidurías esotéricas.

Las sectas son expertas en la reducción de escala, la miniaturización. Pequeñas comunidades cálidas, una selección mínima de textos de la Escritura, poco o nada de dogma, una liturgia creativa y espontánea, muchas atenciones personales, una proximidad que hace bien y consuela, una espera ansiosa del próximo retorno de Cristo. Nada de clero distante, nada de minuciosas reglamentaciones eclesiásticas.

Su clientela, está en todas partes. Pero sobre todo, se constituye de jóvenes que todavía no han echado sus raíces y aspiran a tener lazos afectivos. Decepcionados por las grandes Iglesias, o simplemente ignorantes, buscan la solución en el formato pequeño. Algunos adultos también se dejan tentar. No solamente “pobres tipos”, también gente de nivel cultural y social superiores. No pocos universitarios ven la salida de este lado. Por fin, siempre hay entre ellos algunos que han tenido problemas con los curas o que se sienten marginados de la institución eclesiástica.

¿Por qué esta atracción?

A menudo, las sectas presentan las facturas impagadas de las grandes Iglesias. Seguramente, parte de su éxito se debe a sus métodos de reclutamiento, o de manipulación, pero la razón principal del suceso que tienen parece ser la tendencia de nuestra sociedad a la despersonalización. Las personas se convierten en números; es raro que se las trate todavía como personas. De ello resulta una frialdad y una soledad apenas soportables. Es precisamente allí que intervienen las sectas con su acercamiento más afectivo que intelectual. Cultivan la lógica del corazón, no la de la razón. Ellas declaran que uno es único, a lo cual añaden una búsqueda generalizada de armonía, de paz, ausencia de stress, aliento y estima, integración del cuerpo y del espíritu, participación en las decisiones y las realizaciones.